



EMMA
AL BORDE DEL ABISMO

MARCOS VÁZQUEZ

loqueleg

—¿Vas a saltar o tendré que empujarte, Emma?

Giré para asegurarme de que la voz provenía de una persona real. En el fondo deseaba que todo fuera una invención de mi mente, algo a lo que estaba acostumbrada.

—Creí que habíamos decidido que era lo mejor para tu hermano —me increpó el hombre, tras quedar enfrentados. Apenas nos separaban unos centímetros.

Estuve tentada a estirar un brazo y tocarlo, pero me contuve al ver que me apuntaba con un arma.

Volví a girar y quedé de frente al acantilado. El repentino destello de un relámpago dejó al descubierto cuán alto me encontraba. Cuando el trueno se acalló, percibí el estruendo del mar al estrellarse contra las rocas.

Sentí miedo.

No le temía a la muerte, sino a estar consciente en el momento de tocar el suelo.

Cerré los ojos y traté de visualizar la cara sonriente de Guille, mi hermano. Nunca me perdonaría por lo que iba a hacer. Mucho menos si se enteraba de que lo hacía para salvarle la vida. Además de mi padre mientras vivía,

Guille era la única persona que se preocupaba por mí. No le importaba si hablaba sola o si mi mirada estaba perdida; él siempre me traía de regreso a la realidad. Con mi madre era diferente. A pesar de que intentaba demostrar lo contrario, ella se había dado por vencida desde que los primeros síntomas se manifestaron cuando todavía yo era una niña. Tras la muerte de mi padre, solo se limitaba a darme la medicación y a mantenerme alejada de sus amigas. Aunque no lo reconocía, yo sabía que se avergonzaba de mí.

De todos modos, ya no importaba. La decisión estaba tomada.

Me concentré en mis pies; sentía que no podía moverlos.

Después de un gran esfuerzo, logré recorrer los escasos centímetros que me separaban del borde del acantilado.

«¡No lo hagas!».

Sorprendida por el grito, me detuve y miré hacia atrás. Era Daniel, mi compañero de desayuno. Me resultó extraño escuchar su voz por primera vez. En la cocina solo se limitaba a sonreírme. Ahora estaba parado delante del arma, como si quisiera protegerme. Pero el hombre no lo veía ni lo escuchaba. Solo yo lo hacía.

Estiré una mano hacia Daniel y le supliqué:

—No me dejes, por favor. Acompáñame.

Noté que el arma se elevaba sobre la cabeza de mi amigo y apuntaba a mi cara.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó el hombre, con una mezcla de sorpresa y enojo en la voz, al mismo tiempo que amartillaba el revólver.

Daniel avanzó, temeroso, se aferró de mi mano y me miró con ternura.

«Creí que íbamos a celebrar juntos tu cumpleaños», dijo.

Sonreí. Todavía faltaba algo más de un mes para que cumpliera diecisiete años.

Cuando iba a responderle, el estallido de una bala me sobresaltó. No sé si fue por el susto o si estaba herida, solo sé que perdí el equilibrio y comencé a deslizarme hacia el precipicio. Intenté sujetarme de Daniel, pero su mano se desvaneció dentro de la mía.

14 *Trece horas antes*

Cuando abrí los ojos aquella fría mañana, lo primero que hice fue mirar el reloj de la mesa de luz. Me extrañó que fueran casi las diez y que mi hermano no hubiese venido a despertarme. Cada domingo, minutos más o minutos menos de las nueve, Guille entraba sonriente a mi cuarto, levantaba las persianas y se sentaba a los pies de la cama con la bandeja del desayuno. El aroma a café con leche y a tostadas recién hechas era todo lo que necesitaba para despertarme. «¡Arriba, dormilona!», decía, y me daba un beso en la mejilla. Todavía recuerdo la primera vez que apareció con la bandeja en la mano. Fue el primer fin de semana después que falleció papá. Yo tenía trece años y mi hermano dieciséis. «No sé si será tan sabroso como el que te hacía papá, pero tiene las mismas cucharadas de cariño», dijo, con la voz quebrada por la emoción.

Desde ese día no dejó de prepararlo ni un solo domingo. A mí me fascinaba; era mi momento preferido de la

semana. No porque le quedase demasiado rico —jamás le dije que me gustaba más el que preparaba mi padre—, sino porque durante esa media hora me sentía una persona diferente. Luchaba contra mi mente para que se mantuviese presente. No siempre lo lograba; a veces contestaba en voz alta a las voces que me atrapaban el resto del día. Pero él hacía como si nada hubiera sucedido. Solo me miraba, y yo sentía que podía aferrarme al mundo a través de su mirada.

Mientras comíamos las tostadas, me contaba cómo había sido su semana: me hablaba de sus amigos, de las materias que disfrutaba y de las que no, y de tanto en tanto hasta mencionaba a las chicas que le gustaban. Yo lo escuchaba en silencio. A veces le preguntaba algo sin importancia solo para que supiera que estaba ahí, que no había regresado a mi mundo interior. Pero no era necesario, él lo notaba con solo mirarme.

Los domingos por la mañana, solo por un instante, tenía la certeza de que, si me lo proponía, podría volver a ser una persona normal, aunque no recordara bien el significado de esa palabra. Solo por un instante, ese que aquel día en particular parecía que no iba a llegar.

Abandoné la tibieza de las sábanas, me vestí y caminé en dirección a la cocina. Estaba convencida de que allí encontraría a Guille. La noche anterior había salido, así que supuse que se habría quedado dormido.

Al mirar hacia el *living*, descubrí que mi madre conversaba con dos personas. Por el tono de voz y por la

forma en que gesticulaba parecía molesta, como si no comprendieran lo que ella decía. Estaba parada frente al sillón en el que se habían ubicado los visitantes. Uno de ellos —un joven que vestía uniforme de policía y sostenía una pequeña libreta y un lápiz entre sus manos— era delgado y de tez muy pálida. Se lo veía algo demacrado y con gesto cansino en el rostro, como si hiciera más de una noche que no dormía. Me sorprendió que a esa edad alguien pudiera ser policía. Supuse que no sería mucho mayor que yo.

El otro era un hombrecillo de mediana edad; calvo y regordete, de cara bien redonda y con las mejillas tan coloradas que me divertí al imaginar que iban a prendérsele fuego en cualquier momento. Un ancho y descuidado bigote le tapaba la boca. Se notaba que hacía varios días que no se afeitaba. En la comisura de los labios le asomaban los restos de un escarbadientes que masticaba sin cesar.

Al verme aparecer, ambos me miraron.

—Ya se lo dije varias veces, detective —insistió mi madre, sin prestarme atención—: mi hijo no tiene ningún problema en casa y no sucedió nada que lo haya motivado a ausentarse sin avisar.

—¿Y si hablamos con ella? —dijo el más veterano, mientras me señalaba—. Quizá pueda contarnos algo que usted no sepa. Entre los adolescentes conversan sobre temas que no siempre quieren compartir con los padres.

—Mi hija no va a ayudarlos. Tiene un problema de salud que...

—¿Cómo te llamas? —me preguntó el más joven, al mismo tiempo que le hacía un gesto a mi madre con la mano para que se callara—. Es para dejar constancia en el acta.

—Emma —respondí.

—Mucho gusto, Emma —dijo con una amplia sonrisa—. Soy el agente Andrés Martínez y él —señaló al otro— es el detective Cortés.

«¡No le digas nada! A la Policía no hay que decirle nada, Emma».

17

La voz que resonó en mi cabeza fue la de Nacho, al menos así me gustaba llamarlo. Siempre la escuchaba al ratito de haberme levantado. No me molestaba conversar con él, pero en ese momento quería averiguar qué sucedía.

—No molestes, Nacho. ¿No ves que se trata de algo relacionado con mi hermano?

—¿Quién es Nacho? —preguntó el detective, con el ceño fruncido.

—A eso me refería con que no iba a ayudarlos —intervino mi madre—. Mi hija padece de una enfermedad mental que no le permite distinguir entre qué es real y qué no.

Noté que el más joven me miraba con un dejo de compasión. Debe de haber pensado: «Pobre, está loca». Me había acostumbrado a que me vieran así. El único que no lo hacía era Guille.

—¿Qué le pasó a mi hermano?

—¿Por qué no vas a tomar el desayuno, Emma? —sugirió mi madre.

—Tu mamá nos llamó porque cree que algo malo le sucedió —dijo el uniformado.

Sentí como si me hubieran golpeado en el medio del pecho.

«Es mentira, Emma» —susurró Nacho—. «No te dejes engañar. Guille sabe cuidarse muy bien».

—Estoy de acuerdo —le respondí.

18 —¿Y qué te hace pensar que tu madre tiene razón, jovencita? —me increpó el detective.

—No, yo le hablaba a...

Era inútil que se lo explicara. Las demás personas no escuchaban a mis amigos.

Vi que ambos policías se miraban. Sus expresiones reflejaban perplejidad.

—Les dije que no perdieran el tiempo con ella. Concentrémonos en la desaparición de mi hijo, por favor.

—Ya le explicamos, señora, que una ausencia de tan solo unas horas no es suficiente para que una persona se considere desaparecida —replicó el detective—. Estamos aquí por cortesía, dado que su difunto esposo colaboró muchas veces con nosotros en el pasado, pero nada más que por eso —movió el escarbadietes con la lengua de un lado al otro de la boca y comenzó a masticarlo ruidosamente—. ¿Está claro?

«¡Qué asqueroso!» —comentó Nacho—. «Me pregunto si se lo quitará para lavarse los dientes».

Solté una carcajada.

Mamá me miró con el ceño fruncido y dijo con enojo:
—¿Por qué no vas a desayunar, Emma?

No pensaba irme. Quería saber dónde estaba mi hermano.

Ella volvió a dirigirse a los policías.

—Guillermo nunca ha vuelto más tarde de las cinco o seis de la madrugada. No es de salir los sábados y, si lo hace, siempre va acompañado de amigos —aseguró. Hizo una pausa y miró con dureza al detective, que parecía no prestarle atención. En un tono de voz más elevado, añadió—: Anoche se fue a las once. Me dijo que iba a reunirse con unos amigos, pero llamé a todos los que conozco y ninguno lo vio.

—¿Y amigas? —preguntó el detective—. ¿No hay ninguna chica con la que pueda haber salido?

—¡Mi hijo sería incapaz de mentirme!

—Todos los adolescentes mienten, señora —replicó el detective, en tono burlón—. Sobre todo, si se trata de una joven que quieren esconderle a su madre.

«Tu hermano no miente» —dijo Nacho—. «Deberías decírselo».

—Guille no miente —solté de inmediato.

Nadie me tomó en cuenta.

—Bien —suspiró Cortés—. Creo que no tenemos más nada que hacer aquí —volvió a cambiar el palillo de lado en la boca—. Si en veinticuatro horas no tiene novedades de su hijo, llámenos de nuevo y entonces lo investigaremos. Mientras tanto, trate de no preocuparse. A más tardar en unas horas, su hijo entrará por esa puerta como

si nada hubiese sucedido. Eso sí, no sea muy dura con él. Ya tiene edad suficiente como para dejar de ser «el nene de mamá» —se levantó y le hizo un gesto al novato para que lo imitara—. Que tenga un buen día, señora —se dirigió hacia la puerta de calle y salió sin decir más.

Antes de seguirlo, su compañero se acercó a mi madre y le entregó una tarjeta.

—Este es mi número de móvil. Cualquier novedad, no dude en llamarme.

20 Se despidió con el clásico saludo policial y se marchó.

Mi madre se desplomó en el sillón y estalló en un llanto de impotencia.

«Yo sé cómo encontrar a tu hermano» —dijo Nacho—. «Vayamos al dormitorio de Guille».

Por primera vez en muchos años, sentí deseos de abrazarla. Pero me contuve y seguí el consejo de mi amigo.